

VOCES SOBRE ESPIRITUALIDAD DESDE AMÉRICA LATINA. UN ENFOQUE HOLÍSTICO MÁS ALLÁ DE LO RELIGIOSO

Juan Diego Ortiz Acosta*

Resumen

El asunto de la espiritualidad humana siempre ha sido considerado como una cuestión perteneciente al ámbito de las religiones, sin embargo, hoy se interroga el problema para situar a la espiritualidad en el campo de la laicidad, de tal modo que sea comprendida como una dimensión humana que puede cultivarse desde las religiones, como fuera de ellas. En América Latina se ha venido discutiendo el tema a partir de diversas posturas que coinciden en la necesidad de reconocer el campo espiritual como una vía de apertura de la conciencia que le permita a la persona desarrollar sensibilidades e interés sobre su realidad y se sienta parte de la relación que vincula la vida humana con la naturaleza y el cosmos. Voces como la de Pedro Casaldáliga, José María Vigil, Leonardo Boff, Rui Manuel Grácio y Patricio Guerrero, entre otros, se han manifestado en este sentido y han revalorado la práctica de la espiritualidad como un acceso que puede conducir a los individuos y las sociedades hacia mejores niveles de humanidad que permitan frenar la grave crisis civilizatoria por la que atraviesa el mundo entero. En estas reflexiones se recuperan las espiritualidades indígenas latinoamericanas como referencias de otras cosmovisiones que van en sentido contrario al capitalismo y sus intereses depredadores que han generado las crisis modernas.

Palabras clave: Espiritualidad, religión, holismo, conciencia, indígenas

Abstract

Spirituality has always been considered as a question pertaining to the field of religions. However, spirituality is currently being questioned to place it in the field of secularism in such a way that it is understood as a human dimension that can be cultivated inside and outside religions. In Latin America, the topic has been discussed from different perspectives that agree in the need to recognize the spiritual field as a way of opening the conscience, allowing the person to develop sensibilities and interest about their reality, and feeling part of the relationship that links human life with nature and the cosmos. Voices such as Pedro Casaldáliga, José María Vigil, Leonardo Boff, Rui Manuel Grácio and Patricio Guerrero, among others, have revalued the practice of spirituality as an access that can lead to individuals and societies towards levels of humanity that allow us to stop the serious civilizatory crisis that the whole world is going through. In these reflections Latin American indigenous spiritualities are recovered as references to other worldviews that go in the opposite direction to capitalism and its predatory interests that have generated modern crises.

Key words: Spirituality, religion, holism, conscience, indigenous

*Juan Diego Ortiz Acosta es profesor investigador en el Departamento de Filosofía del Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de Guadalajara. Doctor en Cooperación e Intervención Social por la Universidad de Oviedo, España. Correo electrónico jdiego_ortiz@hotmail.com

Introducción

En las siguientes líneas se aborda el problema de la espiritualidad desde su acepción laica o no religiosa, asunto del que se ha escrito con mayor regularidad en los últimos años y ha cobrado un mayor significado desde diversas aristas. Autores como Pedro Casaldáliga, José María Vigil, Leonardo Boff, Rui Manuel Grácio, Patricio Guerrero y otros, han discutido desde América Latina sobre el tema y han elaborado diversas proposiciones con el objetivo de clarificar el campo de la espiritualidad como un campo que no es exclusivo de las religiones, sino que puede ser asumido desde la vida secular y en todas las culturas. Por la relevancia de esta cuestión, en este artículo se revisan distintas reflexiones teóricas, con el ánimo de presentar aspectos de este debate contemporáneo que emerge como un intento de reafirmar la condición espiritual del ser humano más allá de las religiones institucionales. Desde esta discusión se afirma que la espiritualidad puede ser cultivada para favorecer una apertura de conciencia, relación y compromiso ante la vida, sin la mediación de iglesias y doctrinas, sino más bien como un ejercicio introspectivo que puede ir despertando sensibilidades solidarias en individuos, grupos y culturas.

La crisis de las religiones y el avance de la secularización en las sociedades de hoy, son dos fenómenos que han llevado a diversos teólogos y filósofos a plantear la pregunta de si es posible otra espiritualidad, una espiritualidad laica que se ocupe y reencante a las sociedades para que estas puedan madurar su conciencia y se comprometan a combatir los graves problemas del mundo moderno. Por ello, el estudio de este fenómeno ha dado paso a una literatura que explora las posibilidades de cultivar una espiritualidad inmanente situada en el centro de las grandes contrariedades por las que atraviesa la humanidad, y América Latina en particular. Los autores referidos han venido exponiendo distintas perspectivas de espiritualidad que van más allá de las definiciones clásicas, por lo que los consideramos representativos de esta espiritualidad laica, lo que, sin embargo, no supone que ellos nieguen la espiritualidad religiosa o se opongan a ella.

En este trabajo se realiza un acercamiento referencial a las culturas indígenas latinoamericanas como portadoras de espiritualidades colectivas que les han permitido sobrevivir y luchar por sus derechos. Culturas que tienen cosmovisiones holísticas de relación y vínculo con la naturaleza y que son movidas por espiritualidades profundas y ancestrales, las cuales representan otras formas de ver y vivir con respecto a la cultura occidental capitalista. Estas espiritualidades, si bien tienen un carácter religioso, también tienen un sentido laico, toda vez

que sus espiritualidades son acciones que se desarrollan en la inmanencia de este mundo histórico y concreto, pero, además el sentido de lo sagrado de estas culturas lo encuentran en la naturaleza y en el ser humano. Su visión de lo religioso no está anclada en instituciones, jerarquías u obediencias, sino en la relación y respeto hacia ese todo llamado Pachamama o Madre Tierra del que individuos, comunidades, bosques y animales forman parte.

Finalmente, cabe aclarar que en este texto, así como no se hace referencia a las espiritualidades religiosas, tampoco se ocupa de las espiritualidades del New Age, ni de las espiritualidades de autoayuda, ni de la práctica del yoga o los rituales para el consumo del peyote, la ayahuasca u otras plantas de poder. Prácticas espirituales que tienen otros enfoques y que se encuentran muy extendidas en América Latina como en Estados Unidos. Estas espiritualidades son distintas con respecto al problema que aquí se aborda, por lo que no son parte del análisis.

La espiritualidad, patrimonio de todos los seres humanos

Uno de los libros que abrió la reflexión sobre la espiritualidad en sus dos acepciones, la religiosa y la laica en América Latina, es el famoso texto titulado *Espiritualidad de la liberación*, publicado en 1992, cuyos autores son Pedro Casaldáliga y José María Vigil, teólogos que son considerados como creadores, entre otros, de la teología de la liberación latinoamericana. En dicho texto se indica que “la espiritualidad no es patrimonio exclusivo de personas especiales, profesionalmente religiosas, o santas, ni siquiera es privativa de los creyentes. La espiritualidad es patrimonio de todos los seres humanos. Más aún. La espiritualidad es también una realidad comunitaria; es como la conciencia y la motivación de un grupo, de un pueblo. Cada comunidad tiene su cultura y cada cultura tiene su espiritualidad” (pp. 28-29). En dicha obra, sus autores agregan que “cuanto más consciente vive y actúa una persona, cuanto más cultiva sus valores, su ideal, su mística, sus opciones profundas, su utopía... más espiritualidad tiene, más profundo y más rico es su hondón. Su espiritualidad será la talla de su propia humanidad” (p. 28). Con lo anterior, Casaldáliga y Vigil están afirmando que la espiritualidad tiene una profunda relación respecto al sentido de humanidad de una persona o una comunidad, lo que supone entonces que el cultivo de ese espíritu humano puede provenir tanto de la cultura, la educación, la axiología o la religión misma.

En otro texto de su autoría, José María Vigil enfatiza la relevancia que tiene la construcción de otras concepciones espirituales que no estén atrapadas por el discurso eclesial religioso. En este sentido señala que la espiritualidad

No es nada contrapuesto al cuerpo ni a la materia, ni a la vida corporal, sino lo que los inhabita y les da fuerza, vida, sentido, pasión. La realización plena del ser humano, su apertura a la naturaleza, a la sociedad, a la contemplación del misterio... su realización espiritual, en una palabra, es una realidad plenamente humana y plenamente natural, y absolutamente ligada a todo ser humano. No hace falta ser «religioso» para atender a la propia realización espiritual, ni hace falta pertenecer a una determinada religión. Basta ser un ser humano íntegro y reivindicar la plenitud de las propias posibilidades humanas. La espiritualidad es pues una cuestión netamente laica.

En este sentido la espiritualidad es un elemento constitutivo de la persona humana, de toda persona humana, y no es un departamento religioso confesional (aunque podrá vivirse en él) ni un segundo piso metafísico-sobrenatural (aunque esa categorización concreta ha servido a muchos, durante siglos, para dar forma a su comprensión de la espiritualidad). La espiritualidad está tan identificada con el mismo ser profundo de la persona, que espiritualidad viene a ser la cualidad humana. Y cultivar la espiritualidad será lo mismo que cultivar la cualidad humana (Vigil, 2011).

Siguiendo a este teólogo de la liberación latinoamericana, llama la atención que en otro texto logra desplegar el concepto de espiritualidad haciendo una vinculación a empatías, sensibilidades y valores, cuestiones que pudieran permitir una reconciliación del individuo con el mundo y con la sociedad contemporánea. Se trata de una propuesta de espiritualidad activa y no sólo contemplativa, una espiritualidad comprometida con la realidad y que es resultado de nuevas cosmovisiones. Vigil indica que

Hay una gran relación entre percepción / visión / valores / espiritualidad. Los tres planos están relacionados y mutuamente condicionados. Al cambiar nuestra visión del mundo, lo percibimos de otra manera, y con ello reconfiguramos nuestras empatías y nuestros valores. Los cambios cognitivos, visuales, valorales y espirituales (de empatía o inspiración) están mutuamente vinculados. Ojos que no ven, corazón que no siente; pero también al revés: ojos que miran de otra manera y ven otra cosa, corazón que siente otros sentimientos y que vibra de otra manera. Por eso, la vieja visión puede retenernos y perpetuar en nosotros valores y empatías que no incorporan las posibilidades de la situación actual, mientras que la nueva visión nos abre a valores e inspiraciones

más adecuados a la situación presente. Mientras no cambiemos la vieja visión nos veremos privados de los valores e inspiraciones que necesitamos actualmente, a la altura del desarrollo cognitivo que hemos desarrollado. Es urgente posibilitar y recrear en nosotros un nuevo sentir, una nueva sensibilidad, empatía, inspiración, espiritualidad, religiosidad, sentido de lo sacro... que derivando de una nueva visión a la altura del momento grave que vivimos, nos reconcilie con este planeta con el que de hecho estamos en guerra, y logre hacernos vivir consecuente y felizmente como lo que somos, como Gaia (Vigil, 2016, pp. 98-99).

Como se puede apreciar en esta posición sobre la espiritualidad, el autor no ve la necesidad de recurrir a creencias religiosas, mitos, iglesias o trascendencias, sino más bien ancla la discusión en la inmanencia de la vida para desde ahí generar nuevas percepciones, visiones y valores que liga a lo que él considera que es la espiritualidad. Es decir, plantea que no es condición para desarrollar sensibilidades, conciencia y compromiso el estar adscrito a una religión para desde ahí reconciliarnos con la sociedad y la naturaleza. En ese mismo texto, Vigil indica que la espiritualidad no nos tiene que desterrar de este mundo ni nos tiene que hacer ciudadanos del cielo. Como tampoco nos debe explicar la realidad como un “retorno hacia Dios”, sino por el contrario, la espiritualidad debe ayudar a superar el antropocentrismo y el teocentrismo tradicional de la cultura que nos viene desde lejos.

Por su parte, Leonardo Boff, otro de los autores latinoamericanos provenientes de la teología de la liberación, también sitúa la espiritualidad como un campo que no necesariamente tiene que estar ligado a las religiones. Boff (2017) señala que la espiritualidad “no se trata de una derivación de la religión, cosa que también suele darse, pero, en principio la religión no debe confundirse con la espiritualidad ni tiene su monopolio. La espiritualidad es un dato antropológico básico humano, como lo es la inteligencia, la voluntad o la libido”. Según este teólogo brasileño todo ser humano además de poseer una exterioridad (cuerpo) y una interioridad (psique), tiene una profundidad (espíritu). Por tanto, el espíritu es aquel momento de la conciencia por el que cada uno se capta a sí mismo como parte de un todo y se pregunta por el sentido de la vida y de su lugar en el conjunto de los seres. Es decir, para Boff la espiritualidad es la evolución de la conciencia humana que permite la comprensión profunda de que el ser humano tiene un vínculo con todo lo existente, de que no es ese ser o esa especie que deba seguir dominando o maltratando a otras para asegurar su bienestar.

En consonancia con Casaldáliga y Vigil, este pensador brasileño enfatiza que el desarrollo espiritual de una persona, un grupo o un pueblo, significa un diálogo y un compromiso con la realidad de la que se es parte, por lo que ello le puede dotar de una mayor humanidad a quienes son capaces de cultivar la conciencia. Al citar a Danah Zohar e Ian Marshall (2001), Boff plantea que el ser humano está dotado de tres tipos de inteligencia: la intelectual, la emocional y la espiritual, lo que la articulación de las tres puede posibilitar un mayor grado de humanidad. En este sentido, nuestro autor indica que ante la crisis civilizatoria producida por “la locura de la razón” por la que atraviesa el mundo, ésta requiere ser completada con la espiritualidad laica, la que asocia, citando a diversos autores, “a la razón sensible (M. Maffesoli), con la razón cordial (A. Cortina), con la educación de los sentidos (J.F. Duarte Jr.), con la ciencia con conciencia (E. Morin), con la inteligencia espiritual (D. Zohar), y con el cuidado, como el mismo lo refiere (Boff, 2011, p.22).

Plantea que ante la crisis de humanidad moderna es imprescindible que del capital material que le da sustento al capitalismo, se pase a lo que él llama el capital espiritual, el cual asocia al cuidado, al amor, a la compasión y la creatividad que pueden cultivar las personas y los colectivos, no necesariamente desde las religiones. Indica que, si en el capital material la razón instrumental es su motor, en el capital espiritual es la razón cordial y sensible la que pudiera organizar la vida social y la producción, esto, al margen de la lógica de dominación y explotación del sistema global que ha generado la crisis civilizatoria. Pero, precisa que esto sólo es posible si hay una emergencia de las “virtualidades de la evolución consciente”, situando de nuevo a la espiritualidad como un proceso de apertura y maduración de la conciencia humana.

Otro significado de espiritualidad laica es el que plantea Rui Manuel Grácio (2010), filósofo y teólogo de la liberación, quien señala que la espiritualidad puede ser entendida como una actitud axiológica profunda ante la existencia humana. Una fuerza inspiradora del pensar, sentir, actuar de una determinada persona o colectividad. Explica que este abordaje es “supra-religioso”, que incluso puede estar en contradicción con el mundo de las religiones. Su concepto de espiritualidad lo asocia al holismo, entendido como una visión de la realidad que concede predominio del todo sobre las partes, sin que ello signifique negar las partes. Explica que, para el holismo todo está en conexión con todo, en interacción continua. La interconectividad es total. Nada está aislado.

A partir de estas consideraciones, Grácio elabora un planteo de espiritualidad holística en la que supera el dualismo

entre sujeto/objeto. En esta visión de espiritualidad no se pueden contraponer el ser humano y la naturaleza, porque dice, el ser humano es también naturaleza. Añade que la espiritualidad holística

Supera las separaciones artificiales entre saber y emoción, entre masculino y femenino, entre intelecto y mano, es decir, entre trabajo intelectual y trabajo manual, entre religión y política, entre interioridad y socialidad, etc. Esas dualidades sólo son operativas como esquemas mentales provisionales de análisis de la realidad, que es unitaria en último término. Por lo tanto, una espiritualidad holística es una espiritualidad de la experiencia. La espiritualidad es siempre eminentemente práctica, máxime la holística. Tiene que ser vivenciada por cada uno de los sujetos... Una espiritualidad holística es una espiritualidad de la experiencia unitaria. Significa esto que alguien se siente uno con todas las cosas, y esto es especialmente importante en el ámbito ecológico. Una eco-espiritualidad holística significará entenderse vivencialmente (no sólo en teoría e intelectualmente) como uno con la naturaleza. El pájaro y yo somos uno, al igual que el árbol, la montaña, el río o el valle. No hay separación dual vivencial, únicamente en lo intelectual y verbal... Sentirse uno con todas las cosas no implica negar que existen singularidades, diferencias, especificidades. (Grácio, 2010).

Esta conceptualización de espiritualidad holística no dual que expone Grácio, tiene un paralelismo con las espiritualidades indígenas latinoamericanas, las cuales siempre han preservado una visión de la vida fundada en su sentido de comunidad y de relación íntima con la naturaleza, con la Madre Tierra o Pachamama, como le llaman las poblaciones indígenas sudamericanas. Estas culturas anteponen el significado del nosotros por sobre el yo o el individualismo que prevalece en las sociedades occidentales. Es decir, su concepción comunitaria es de unidad, al igual que su sentido de unidad con la tierra, el bosque, la selva y los ríos. No se perciben separados sino más bien como parte del mundo y del universo, por lo que han desarrollado una cosmovisión y una cosmovivencia holística de profundo respeto hacia los demás y hacia ese todo al que pertenecen.

Espiritualidades indígenas

Patricio Guerrero afirma que los pueblos indígenas de América Latina tienen una espiritualidad profunda que han expresado con sus vivencias y luchas históricas,

espiritualidad que se puede captar en los postulados contemporáneos del Buen Vivir (Sumak Kawsay, en quechua). Esta matriz conceptual, discutida y elaborada desde distintos espacios sociales en Sudamérica, es un referente cultural del pensamiento indígena latinoamericano, el cual, según Ibáñez (2013) no está inspirado en lo más moderno y actual del modelo capitalista, sino en la sabiduría de lo más antiguo y ancestral de los pueblos de las Américas. En esta cosmovisión del Buen Vivir de los pueblos originarios, las comunidades proyectan sus percepciones de lo que consideran la vida feliz, la cual debe estar articulada, en equilibrio y armonía con el cosmos. Espiritualidad holística que le da sentido a los pueblos indígenas y que va más allá de los conceptos para convertirse en vivencia. Por ejemplo, el pueblo Kitu Kara, del Ecuador, asocia su espiritualidad y el buen vivir con lo que llaman corazonar la vida.

El corazonar se muestra en consecuencia, como la posibilidad para recuperar la dimensión espiritual de la existencia; puesto que la espiritualidad es conciencia que trasciende todas las cosas... de ahí que la espiritualidad podría ser vista como el camino político de la ternura, la misma que se realiza en la medida en que existen seres concretos para amar, seres que tienen diversidad de rostros; el rostro de otros seres humanos, el rostro de la naturaleza, de los animales, de las plantas, de los ríos, los árboles y las montañas, en definitiva, el rostro de la vida misma; la espiritualidad que emana desde el poder del corazón nos abre posibilidades para reencontrarnos con los rostros y rastros de esas alteridades invisibilizadas por una razón sin corazón, y para tejer dimensiones de una alteridad cosmobiocéntrica, pachacéntrica que reafirme la vida (Guerrero, 2011, p.30).

En esta perspectiva, la espiritualidad de la liberación, referida con anterioridad, plantea que la espiritualidad no es sólo una dimensión de la persona, sino también una realidad comunitaria que representa la conciencia y motivación de un grupo o de un pueblo. Como dicen sus autores, cada comunidad tiene su cultura y cada cultura tiene su espiritualidad. Y este es el caso de los pueblos indios de América Latina, que desde México, pasando por Centroamérica y hasta el Cono Sur, tienen una acentuada conciencia de su relación con los otros y su entorno, cada pueblo, con sus particularidades, comparten un sentir y una axiología que les permite vivir su cultura desde un sentido de comunidad y de comunión, lo que se contraponen a las cosmovisiones occidentales de individualización, fragmentación y destrucción del medio. Por ello, se puede afirmar que las culturas indígenas latinoamericanas, a

pesar del gran acoso del capitalismo, representan otro pensar y sentir

En el caso de México, una de las visiones sobre el Buen Vivir la manifiestan los tojolabales de Chiapas, quienes, a decir de Concheiro y Núñez, el término *lekilaltik*, representa el “Buen Vivir” tojolabal. Explican que el *lek* hace referencia al “bien”, a lo “bueno” y el *tik* al “nosotros”, a lo “nuestro”. Así, hablar de *lekilaltik* es hablar de “el bien nuestro”, “el bien de todos”, “el bien de nosotros”. Pero ese “nosotros” incluye la totalidad de seres que están presentes en el mundo. Estos autores agregan que “desde la visión tojolabal, las comunidades son comunidades nosótricas, porque todo forma parte del “nosotros”. Es decir, nada de lo presente en el mundo está de más, por el contrario, tiene una función y una razón de ser. Aunado a esto, desde la cosmovisión de este pueblo, todo tiene corazón, por lo tanto, todo tiene vida. Entre ellos, los árboles, las plantas, los animales, el agua, las piedras que son parte de la Madre Tierra” (Concheiro y Núñez, 2014, pp. 192-193), postura que se asemeja a la cosmovisión del pueblo Kitu Kara de corazonar la vida y a la espiritualidad holística antes expuesta. Se trata de espiritualidades ancestrales de los pueblos originarios, que a través del Buen Vivir se traducen en espiritualidades colectivas que entran en tensión con los estilos de vida capitalistas. Sus postulados representan otra matriz cultural y de civilidad que debiese ser respetada y valorada ante la profunda crisis civilizatoria que padece el planeta.

Se puede decir, haciendo referencia de nuevo a Boff, que las espiritualidades indígenas latinoamericanas representan el capital espiritual de esas culturas, constituyéndose además en un importantísimo patrimonio cultural de la región, el cual debe ser valorado no sólo desde la historia, sino también desde la antropología, la filosofía, la ecología y la política. Ese capital espiritual indígena debiese ser reconsiderado desde la cultura mestiza y occidental como referencia de un pensar y un sentir distinto a la lógica capitalista que ha impregnado la forma de vivir moderna. En esas espiritualidades de los pueblos originarios se encuentran principios y sentidos de vida que intentan preservar la existencia, más no destruirla como lo marca la razón instrumental de la economía y la política contemporánea.

Como lo señala Rafael López de la Torre, *wixarika* de la comunidad de Santa Catarina Cuexcomatitlán, en el norte de Jalisco, México

Los mestizos no entienden nuestro modo de vida... no tratan a la tierra como hermana, sino como enemiga; conquistan el territorio y luego lo

abandonan, dejando allí a sus muertos sin que les importe nada... El apetito del mestizo terminará devorando todo lo que hay en las tierras, hasta convertirlas en desiertos. El pensamiento wixarika tradicional ve al mundo como un todo, donde todo es para todos., sin hacer distinciones... Si vendiéramos nuestra tierra, perderíamos el inmenso valor del viento, pues sabemos que el aire es parte del espíritu que sostiene nuestra vida. Por eso, para los indígenas wixaritari el aire es de un valor incalculable, ya que todos los seres compartimos el mismo aliento: los árboles, las plantas, los animales y los seres humanos. Los mestizos no tienen conciencia del aire que respiran y deterioran el medio natural donde viven; en cambio, los wixaritari le hacemos ritual al aire para que permanezca y dé vida en la zona (López de la Torre, 2006, p.12).

La cita anterior tiene un profundo sentido de existencia y posee una sabiduría de vida que es propia de los pueblos indígenas. No se trata de una sabiduría ilustrada, sino de un conocimiento que integra todos los elementos que posibilitan la reproducción de la vida. Es una experiencia unitaria, de relación con todo lo existente, y que interpela el pensamiento y las acciones de las culturas occidentales que son propensas a la insensibilidad y la autodestrucción. La percepción, el valor y la conciencia de los wixarikas, tiene un paralelismo con el resto de las culturas y espiritualidades indígenas de América Latina, las cuales son portadoras de un legado que se transmite de generación en generación y que pervive a pesar de las enormes amenazas a las que están sometidas las comunidades. En estos momentos de crisis, las culturas originarias son un referente que pueden reorientar las cosmovisiones para construir otra matriz civilizatoria, para producir “cambios en lo profundo de nuestras subjetividades, transformar el sentido de nuestra existencia, empezar a tejer formas ‘otras’ de ser, de sentir, de decir, de hacer, de significar; de vivir la vida, de construir éticas, estéticas y eróticas ‘otras’ de la existencia” (Guerrero, p.38).

En esta perspectiva, los indígenas chiapanecos agrupados en el movimiento zapatista han venido enriqueciendo su cultura a partir de la experiencia de autonomía que ejercen desde hace más de dos décadas. Cultura de la que emerge una espiritualidad colectiva que le da un sentido profundo de vida a los pueblos, espiritualidad que se manifiesta en sus motivaciones de convivir en comunidad, en la construcción de ese nosotros que evita la fragmentación y la individualización del ser. Espiritualidad que los enraza con sus territorios y sus componentes naturales de los que se sienten parte, desestructurando la dualidad ser humano-

naturaleza para comprender esa relación desde un ámbito de unidad ontológica. Espiritualidad que representa una maduración de su conciencia, a partir de la cual luchan por sus derechos políticos y culturales, y crean otra política, y otro tipo de poder con el que se defienden de las amenazas internas y externas. Poder colectivo no autorreferencial que posibilita el autogobierno y la autogestión. Espiritualidad con la que transitan hacia nuevas relaciones entre hombre y mujer, y con la que construyen igualdad y justicia. Esa espiritualidad es acto, experiencia y coherencia sensitiva que es parte del pensamiento indígena antiguo y moderno.

El movimiento zapatista, como bien lo dicen algunos autores, no es sólo un movimiento de protesta y de resistencia, sino que en su devenir ha experimentado nuevas formas de hacer política, ha enriquecido su propio discurso con un discurso poético y creativo y hace recordar la importancia del corazón en la creación de un mundo más justo, más democrático y más libre. Los indígenas, con su discurso variado, militante, artístico, pacífico, poético, experimental y elocuente, nos recuerda y demuestra que otro mundo es posible (Montesano, 2018). Se trata sin duda, de una fuerza social inspirada y motivada a transformar su realidad, que como dicen Casaldáliga y Vigil (1992), cuanto más consciente vive una persona y un pueblo, cuanto más cultivan sus valores, su ideal y su utopía, más espiritualidad tienen, por lo que su misma espiritualidad será la talla de su propia humanidad. Los indígenas zapatistas han expresado con mucha claridad que su gran utopía es “un mundo donde quepan muchos mundos”, frase que forma parte del mensaje de la Cuarta Declaración de la Selva Lacandona del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, y la cual tiene diversos significados, entre ellos, la humanidad que imaginan como una humanidad igualitaria, incluyente, plural, donde se pueda reproducir la vida y pueda haber una convivencia pacífica y justa.

De este modo, la espiritualidad laica se puede entender como una introspección en búsqueda de nuevas actitudes para interesarnos por la existencia. Es búsqueda profunda, individual y colectiva que potencia las capacidades humanas para ver y actuar más allá de las necesidades e intereses particulares. Espiritualidad que demanda a su vez la construcción de proyectos axiológicos colectivos, como los de las culturas indígenas, que se insertan en las realidades concretas e históricas para contrarrestar la profunda crisis civilizatoria de opresión y destrucción.

Espiritualidad como cualidad humana

Marià Corbí, filósofo y epistemólogo catalán ha elaborado una teoría sobre espiritualidad laica que concuerda

con lo expuesto en esta discusión, en la cual asocia la espiritualidad con la cualidad humana. Corbí (2014), quien no es latinoamericano, pero que ha debatido desde España este problema, menciona que la espiritualidad o cualidad humana es una capacidad de interesarse por todo lo real incondicionalmente. Capacidad de “volver todo nuestro interés de mente, corazón y acción a todo lo que nos rodea, con lucidez y calor pleno” (p.47). Dicho interés, dice, tiene que estar libre de todo condicionamiento que pone nuestro ego. Este camino espiritual es axiológico y sensitivo, lo que exige “cobrar conciencia” para así transitar hacia un proceso de desegocentración que nos permita la plenitud del ejercicio del amor, el servicio gratuito a otros y el interés gratuito por las realidades. Es un despertar, indica Corbí, pero un despertar que no viene de fuera, sino que viene de dentro, de la profundidad humana. Por ello, considera que esta espiritualidad no es religiosa ni está sujeta a creencias, es decir, también plantea que la espiritualidad no puede ser patrimonio de las religiones y sus iglesias, sino de todo ser humano, el cual puede cultivar su propia cualidad humana que lo conduzca hacia esa apertura de mente y acción a favor de la vida en todas sus manifestaciones.

Conclusiones

La espiritualidad laica que se práctica y se discute en diversos ámbitos latinoamericanos es una espiritualidad que tiene connotaciones de compromiso social y político. Es una espiritualidad que se cultiva con el propósito de contribuir en la reconstrucción del sentido de humanidad ante las crisis profundas que padece el planeta y el subcontinente. No niega la religiosidad, pero considera que fuera de las religiones también se puede ejercer otro tipo de espiritualidad sin la necesidad de las iglesias y sus discursos tradicionales. Diversas voces provenientes de la teología de la liberación coinciden en que la espiritualidad laica representa una apertura de conciencia que puede permitir la gestación de sensibilidades, percepciones y valores que le permitan al ser humano comprender el enorme entramado de relaciones por las que transita la vida, de tal modo, que resulta relevante reconstruir el tejido social vinculado con el entorno natural del que depende.

Si esta espiritualidad no religiosa es una capacidad de sentir con el sentir del otro, y es una capacidad de compasión, una potencia para intervenir en la realidad para humanizar la humanidad, y es una conciencia que descubre que se pertenece a una red infinita de relaciones, a un todo del que se es parte integrante, entonces se trata de una espiritualidad de comunión. Es una espiritualidad que imagina otros mundos, es una espiritualidad de transformación. Es una espiritualidad que construye utopías para cambiar la

realidad, para cambiar al ser humano.

En este sentido, los pueblos indígenas de América Latina son un referente de una espiritualidad laica, pero también religiosa, con la cual han sostenido una cosmovisión holística de la existencia, referente cultural del cual es imprescindible aprender porque su pensamiento y experiencia van en sentido contrario a la lógica capitalista de destrucción, explotación e individualismo. Este capital espiritual del que habla Leonardo Boff, es un patrimonio latinoamericano que puede ser una guía en la construcción de nuevos paradigmas que tiendan a asegurar la existencia y la reproducción de la vida, pero no sólo la humana, sino la de todas las especies. Por lo que los nuevos paradigmas tendrán que ser ecocéntricos porque sin naturaleza no hay vida humana.

Bibliografía

Boff, Leonardo (2017). ¿Enseñanza religiosa o enseñanza de las religiones e iniciación a la vida del espíritu? Recuperado de <http://servicioskoinonia.org/boff/articulo.php?num=856>

Boff, Leonardo (2011). Una revolución todavía por hacer. En *Espiritualidad y política* (Cervantes, Cristóbal, coordinador). Editorial Kairós, Barcelona

Casaldáliga, Pedro, y Vigil, José (1992). *Espiritualidad de la liberación*. Editorial Sal Terrae Santander, Santander

Concheiro, Luciano, y Núñez, Violeta (2014). El Buen Vivir en México: ¿fundamento para una perspectiva revolucionaria? En *Buena vida, buen vivir: imaginarios alternativos para el bien común de la humanidad*. Delgado, Gian Carlo (coordinador). UNAM, México

Corbí, María (2014). El cultivo de la cualidad humana profunda en las nuevas sociedades industriales. En *Indagaciones sobre la construcción de una epistemología axiológica*. CETR, Barcelona.

Grácio, Rui Manuel (2010). Apuntes para una eco-espiritualidad holística. En revista *Relat*. Recuperado de <http://servicioskoinonia.org/relat/400.htm>

Guerrero, Patricio (2011). Corazonar la dimensión política de la espiritualidad y la dimensión espiritual de la política. En revista *Alteridad*, núm. 10, Universidad Politécnica Salesiana del Ecuador.

Ibáñez, Alfonso (2013). Un acercamiento al Buen Vivir. En *Identidades, resistencias y propuestas civilizatorias en América Latina*. Romero, Salvador (coordinador). Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.

López de la Torre, Rafael (2006). *El respeto a la naturaleza. Legado de los antepasados wixarica*. Amaroma Ediciones. Guadalajara, México

Montesano, Nicolina (2018). El movimiento Zapatista: una cultura política híbrida y paradójica. En *Kamchatka. Revista de análisis cultural*, número 12. Recuperado de <file:///C:/Users/Juan%20Diego/Downloads/12371-42606-3-PB.pdf>

Vigil, José (2016). *Contra la catástrofe climática, una nueva visión y una nueva espiritualidad*. En *La orientación final de los proyectos axiológicos colectivos en las sociedades de conocimiento* (Corbí, Marià, coordinador). Bubok Publishing S.L., Barcelona

Vigil, José (2011). *Formación Espiritual: la coyuntura actual. Nuevas formas de espiritualidad*. Recuperado de <http://formacion-integral.com.ar/website/?p=301>